



De nuestra colaboración
El *liberal*, Bilbao 3-IV-1919
Estado de guerra
civil social

¿Días de congoja mortal, de ansión de agonía, para los pobres espíritus programáticos, para los que no saben lanzarse al mañana si no tienen, como los monjes, el programa del día y el reparto de las horas y de los oficios? ¿Días terribles para los que se preguntan: «Y después de esto, ¿qué va a venir, Dios mío?»!

Ante una catástrofe, natural o histórica, terremoto o revolución, que rompa el orden de las leyes y costumbres a que estamos hechos, el pobre hombre sin fe se pregunta, aterrado de muerte, qué es lo que seguirá. No le asusta más que el no poder prever.

Jorge Sorel, el principal apóstol y profeta del sindicalismo ideológico, en su luminosísimo libro *Reflexiones sobre la violencia*—libro no traducido aún, que sepamos, al español,—habla de esta «burguesía cobarde que se obstina en seguir la quimera de la paz social», y en otro pasaje de la misma obra de «la ideología de una clase burguesa temerosa, humanitaria y deseosa de libertar su pensamiento de las condiciones de su existencia». Y el mismo Sorel, en la misma obra, nos recuerda lo que el profesor Brentano, de Munich, contó de Marx que en 1869 le escribió a su amigo Beesly, que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera, que hasta entonces le había considerado como el único inglés revolucionario, pero que desde entonces en adelante le tendría por un reaccionario, porque «quien compone un programa para el porvenir es reaccionario». A lo que Bernstein añade que Brentano ha podido exagerar un poco, pero que la frase citada por él no se aparta mucho del pensamiento de Marx.

Al fin y al cabo, Maura, Dato, Cierva, García Prieto, Romanones y hasta Lerroux tienen un programa. Lo malo es los que no le tienen. «Si al fin triunfan esos sindicalistas—me preguntaba un acongojado programático,—¿quién será el jefe del Gobierno?» Y yo le respondí muy serio: «Juan Pérez y Pérez!» «¿Y quién es ese?», gimí acongojado. «¿No le conozco!», repliqué. Y él: «¿Quién le conoce, pues?» Y yo: «Nadie; ni él mismo se conoce; ni él sabe que será el gobernante supremo,

ni lo sabe nadie.» Y le agregué: «Pero sé una cosa, y es que no lo hará peor, que no puede hacerlo peor que todos los jefes de Gobierno y de partido que hemos conocido hasta aquí. Y sé más, y es que Juan Pérez y Pérez no puede surgir mientras no ahoguemos en la oscuridad de una vida privada de remordimiento, de contrición y de penitencia a esos desdichados de los programas.» El pobre hombre programático, que creo que forma parte de un Comité de no sé qué partido, no me comprendió. Ni podía comprenderme, porque no se ha dado cuenta de que estamos en estado de guerra. En estado de guerra civil social.

Hay gentes que creen que en declarando el Gobierno a una ciudad, a una provincia, a una región o al reino todo en estado de guerra, el otro, el verdadero estado de guerra civil social, el íntimo, se disipa o se suaviza. Lo mismo que durante la gran guerra, de cuyas entrañas ha brotado la actual Revolución en toda Europa, nuestra menguada y triste burguesía pretendió que la verdad no se le mostrara cerrando ella, la burguesía, los ojos; así hace ahora. Porque ahora clama por una neutralidad en los conflictos sociales. Teme a la dictadura conservadora y teme a la dictadura revolucionaria. «¡Hay que pegar y pegar fuerte!», dice ahora. Y al segundo siguiente añade: «¡Hay que ir cediendo!» Y no sabe ni lo que es pegar ni lo que es ceder. Cuando pega, cede, y cuando cede, pega. O por lo menos amaga. Suplica y amenaza a la vez.

¿Falta de organización como se dice? No; sino más bien falta de inteligencia. Es su estupidez lo que le pierde a nuestra clase conservadora. El conservador, por muchas cosas inútiles que sepa, por muy bien que esté de protocolo y de maneras y fórmulas, y de textos legales y de frases, suele ser, mental y moralmente, estúpido. No sin fundamento dijo Carducci que «dos conservadores de todos los tiempos, cuando se ensañan contra las manifestaciones de cualquier progreso, son siempre los mismos: insolentes, villanos y desvergonzadamente ramplores»—*svergognatamente triviat*.—Sobre todo desvergonzadamente ramplores.

¿Y hay quienes hablan de dictadura! ¿Dictadura? Para que haya dictadura es menester algo que dictar. ¿Y qué es lo que tienen que dictar? ¿Cuál es el contenido doctrinal de esa dictadura? Porque con eso de la disciplina, sin más, y lo del principio de autoridad y demás pataratas de retórica conservadora, no se resuelve nada. Todo eso carece de contenido.

Dicen que tienen soluciones para todos los problemas sociales. Si; soluciones de Instituto de Reformas Sociales, o sea cochinillo de malvas, agua de borrajas y cerato simple. Siempre la «quimera de la paz social», que dijo Sorel. Hay que oírles hablar de cómo hay que resolver los conflictos en armonía. Y no se deciden a ensanchar, si que ello les es posible, su imaginación y representarse su suprema derrota, así como su supremo triunfo. En los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola se nos recomienda que nos representemos ya muertos y enterrados y así nos hagamos a la idea de la muerte. Si una clase social dedicara ratos de ejercicio espiritual a imaginarse vencida del todo y a figurarse lo que entonces haría, capacitarse para mejor luchar por su existencia y su predominio. Y esto es lo que todavía no han empezado a hacer, que sepa-

mos, nuestras clases conservadoras. Son como los alemanes, que entraron en la guerra sin preparación para la derrota; sin creerla siquiera posible.

Hora es de que la burguesía conservadora empiece a ensanchar y avivar su imaginación, a prepararse para todo. Hasta para vencer conviene prepararse para la derrota.

MIGUEL DE UNAMUNO.

